

EL EQUIPAJE DE SARA

Sara miraba su habitación por última vez. En sus paredes se podían ver sus divertidos dibujos y en las estanterías las cuentos de su infancia que había leído una y otra vez. Todo estaba colocado como a le gustaba, pero Sara sentía que algo había cambiado.

Su madre la llamo desde la calle, era hora de marcharse. Sara cogió su maleta suavemente pues dentro llevaba sus objetos más importantes.

No solo llevaba algo de ropa, también había guardado dentro a Moncho, su peluche favorito, fotos de su familia y amigos, una piedra de su playa preferida y sus primeras puntas de ballet. Cerró la puerta con lágrimas en sus ojos.

Sara subió lentamente la maleta al coche, abrazándola como si fuese un tesoro. Estuvo en silencio durante todo el viaje y su cabeza no dejaba de dar vueltas a la misma idea... ¿y si no le gustaba su nuevo hogar? ¿y si...?

Al llegar a la nueva ciudad vio que todo era distinto, las calles, las casas, el cielo, incluso cuando entró en su nueva casa, notó que el olor era muy diferente.

Sara subió a su nueva habitación, dejó la maleta sobre la alfombra, se sentó en la cama y pensó que todo era demasiado distinto y nuevo.

Al día siguiente Sara fue a su nueva colegio. Caminaba despacio mirando al suelo y pensando que no conocería a nadie. Las voces de las niñas eran desconocidas para ella.

De repente escuchó una voz dulce a su lado
-Hola, me llamo Lucía, ¿Eres nueva verdad?
Sara levantó la cabeza asustada. Si, me llamo Sara.

Esa mañana Sara se sintió mejor durante las clases y el recreo. Lucía le enseñó el patio, las juegos y un rincón secreto donde la encantaba jugar y estar tranquila.

Esa tarde Sara cuando volvió a casa, subió a su habitación y abrió la maleta. Sacó las fotos, su peluche, la piedra y sus puntas de Ballet. Lo colocó sobre la cama y junto a ello también colocó la flor que le había regalado su nueva amiga Lucía. Sonrió un poquito

Pasaban los días y Sara comenzó a aprender palabras nuevas, a reírse y jugar con Lucía. A veces se acordaba de su antigua casa, pero ya no sentía ese miedo tan grande que tenía al principio.

Una noche, antes de dormir volvió a abrir su maleta. ¡Ahora había muchas más cosas dentro!: un cuadro que le había regalado Lucía, un collar y un papel con las instrucciones de una búsqueda del tesoro que se habían inventado juntas.

Sara entonces entendió algo importante. En su maleta no solo podía guardar recuerdos del pasado, sino también podía llenarse de recuerdos nuevos y especiales. Se tumbó cómodamente en su cama, abrazó a su peluche Mancho y pensó que allí también iba a estar bien.

Esa noche Sara durmió plácidamente sabiendo que, aunque había cambiado de ciudad seguía siendo la misma y había encontrado una nueva amiga.